

Los manantiales y los cauces en el arte de Pilar de la Fuente

Miguel de Santiago

Estas páginas no pretenden descubrir a Pilar de la Fuente, pero sí ir al encuentro de las aguas que brotan de ese manantial artístico, que durante muchos años ha sido cuidado con esmero y merece ser conservado. Como creemos en la necesidad de difundir lo bueno, lo bello y lo verdadero, presentamos al público lector los cauces por donde discurre el arte de Pilar de la Fuente.

Dos vocaciones: religiosa y pintora

Pilar de la Fuente Navarro nació en Ceuta, una ciudad de frontera, un lugar donde –por exigencias de la geografía– confluyen desde hace siglos culturas y creencias, un paisaje humano al que se ha de mirar desde multitud de prismas o enfoques. Como la mirada de Pilar acostumbraba desde ni-

ña a contemplarlo todo y a penetrarlo todo con su profunda intuición, le fueron creciendo inquietudes en el alma. Y le brotaron, al unísono, dos vocaciones, ambas inseparables: la de religiosa y la de pintora.

Fue a mediados de la década de los cuarenta cuando ingresó en la Congregación de Siervas de San José. Tenía una gran afición a la pintura, hasta tal punto que procuraba hacerse con los papelitos de las chokolatinas para pintar en ellos a escondidas. Años después consiguió realizar los estudios de Pintura en la Escuela Superior de Bellas Artes de Sevilla, estudios que culminó, junto con los de Escultura, en la Escuela de San Jorge de Barcelona. Pronto sería reconocida su maestría en las artes plásticas, así como también su magisterio, por lo que fue invitada especial de la Academia de

Creta y la Conferencia Internacional de Artistas y Literatos.

Desde 1969 ha mostrado su obra con éxito en exposiciones colectivas e individuales. La primera de las muestras significativas fue la de 1969 en la Casa de Cultura de Cuenca. Allí ocurrió una anécdota que realmente supuso un «bombarzo», sobre todo teniendo en cuenta el año en que se produjo y la ciudad levítica en la que aconteció. Resultó que en la exposición de la «monja» había un desnudo y en la prensa local llamaba la atención un titular que escueta y categóricamente decía: «En el desnudo veo la obra de Dios».

Luego vinieron las exposiciones en Barcelona, Madrid, Badajoz, Pamplona, Zamora, Vigo, Zaragoza... Y algunas de sus obras pueden ser contempladas en Madrid (en la catedral de la Almudena, en la Real Academia de Bellas Artes, en el Museo de Arte Contemporáneo y en el Museo Reina Sofía), en Granada (Museo de Bellas Artes), en Badajoz (Museo Provincial de Bellas Artes), en Barcelona (Museo de Montserrat y Escuela Superior de Bellas Artes), en el Museo de Dibujo de la localidad oscense de Sabiñánigo, e incluso en el Museum of Contemporary Religions Art de Saint Louis de Missouri (Estados Unidos), en la

Academia Ortodoxa de Creta y en el Museo Vaticano.

Artes diversas, varios estilos

Aunque Pilar de la Fuente se mueve a gusto en la pintura –y eso se refleja en las abundantes manifestaciones artísticas que salen de sus manos y van a posarse en lienzos, cartones, tablas o papeles tan vulgares como los que acompañan los quehaceres cotidianos–, no abandona el dibujo, fundamentalmente en blanco y negro, ni la escultura, sea en barro, escayola o bronce.

Tampoco se ciñe a un estilo, por lo que podemos encontrar surrealismo en los dibujos, abstracción en la pintura, quizá impresionismo cuando toca temas de la naturaleza...

En clave de modernidad

Pero donde se sitúa con mayor acierto es dentro de las corrientes de vanguardia del expresionismo moderno. El expresionismo como exaltación de la verdad subjetiva: todo responde a la lógica estética que fluye de la subjetividad interior. Porque hay que decir sin más tardanza que el arte de Pilar de la Fuente está en línea de moderni-

dad y que su estilo, sea el que sea, nunca es encasillable dentro de los cánones que se podía esperar de una religiosa.

Después de muchas décadas en las que el arte religioso y el arte hecho por religiosos ha venido acostumbrándose a los gustos de un mimetismo conservador y adocenado, es hora ya de saludar con satisfacción la llegada de quienes propician el encuentro con lo sagrado sintonizando con las claves de la modernidad artística. Son todavía pocos los eclesiásticos y religiosos que se han dado cuenta de que el cartón-piedra de Olot y los versos de Gabriel y Galán, por poner algunos ejemplos, ya no sirven para acercar al hombre a lo sagrado; antes, al contrario, estos estilos de plástica o de poética suelen provocar distanciamiento, cuando no rechazo, al no sintonizar con las claves de la modernidad, es decir, de las coordenadas espacio-temporales del aquí y ahora en que se mueven las bellas artes.

Como constatación de lo apuntado bastaría con tomar un ejemplo. El tema de la Navidad es recurrente en la pintura de Pilar de la Fuente. Cuatro brochazos le bastan para sugerir, en primer lugar, la ternura acogedora de los padres de Jesús cuando éste nace

en el pesebre de Belén y, al mismo tiempo, la adoración de ambos al recién nacido, Dios humanado. Mientras tanto revolotean ángeles con trompetas cantando la gloria de Dios y la paz que ha venido a poblar la noche del mundo. Pero todos estos motivos, pese a ser tópicos, tienen un tratamiento estético en clave de modernidad.

*aunque se mueve a gusto
en la pintura, Pilar de la
Fuente no abandona
el dibujo ni la escultura,
sea en barro, escayola o
bronce*

El dolor cósmico en el expresionismo de los «Ecce Homo»

«Ecce Homo». El Hijo del hombre, azotado, escupido, ultrajado, maltratado, es la culminación temática del expresionismo pictórico de Pilar de la Fuente. Abundan los primeros planos de Cristos que llevan en su rostro las marcas que dejan los golpes de la vida cotidiana. La pintora acerca el misterio del hombre de ayer, de hoy y de siempre, del hombre que camina a nuestro lado o se cruza con nosotros y lleva consigo un mundo interior apenas entrevisto por

quienes viven dominados por la rutina.

El artista, el verdadero artista –y Pilar de la Fuente lo es– ausculta al ser humano, lo describe, lo interpreta, lo expresa. Y lleva al lienzo, o al papel, o al barro, todo aquello que le inspiró la mirada de tantos seres humanos –seres hermanos– a los que fue encontrando por las calles y rincones por donde transcurre la existencia. Estamos ante el dolor cósmico («Weltschmerz» para decirlo con el vocablo alemán que fue muy utilizado por los expresionistas de primera hora) que recoge el grito de un mundo en ruinas. Los óleos y las ceras, domeñados por la mano que mueve la inspiración, son la fiel expresión de las huellas que marcan el dolor infligido por los hombres al Hijo del hombre, al más excelso de los hijos de los hombres. Los rasgos duros de esos Cristos retratan los azotes, los insultos y los salivazos que sufre la humanidad. Esos ojos negros de mirada piadosa acogen al hombre herido. Esos pómulos sonrojados por la vergüenza piden la cercanía del beso o la caricia. Esos cabellos desordenados por los zurriagazos de los enemigos o las crueles espinas que penetran hasta el hondón de la memoria provocan lágrimas de compasión...

En la obra completa de Pilar de la Fuente hay Cristos de todos los colores. Es una permanente provocación al matiz. Porque el color, sean cuales sean sus matices, puede acarrear una buena dosis de esperanza para los ojos que contemplan. Se hará visible, unas veces, la angustia; otras, la tristeza. Pero siempre aparecerá, en el horizonte más profundo, la esperanza. Porque Cristo ha cargado sobre sí mismo el dolor de todos los hombres, de todo el hombre, y ha asumido la muerte más horrible para transformarla en luz. Hay un Cristo mitad rojo, mitad blanquiamarillo –mejor: rojo y blanquiamarillo–, mitad sangre, mitad luz –mejor: herido e iluminado–, mitad hombre, mitad Dios –¡perdón, perdón, por la blasfemia!: hombre y Dios, al mismo tiempo, ¡verdadero hombre y verdadero Dios!–, que expresa todo el misterio escondido desde siglos y revelado ahora a los hombres.

«Ecce Homo»: un tema dominante en la iconografía de Pilar de la Fuente. La pintora ha recapitulado en estos y en tantos otros Cristos los rostros de todos los cansados y agobiados y malheridos en los afanes de cada día. Venid a ellos y hallaréis vuestro descanso. Venid a ellos los marginados y aplastados y amordazados y torturados de mil modos sibilinos y

encontraréis el Amor, la ternura necesaria que incesantemente brota de los ojos siempre abiertos del Hijo del hombre.

Mujer y naturaleza, la belleza de la obra del Creador

Pero hay más registros temáticos en la obra de nuestra pintora. La mujer como ternura, con sus redondeces suaves y delicadas, nunca retorcidas sino envolventes, como expresión del amor que acoge, caliente y fecunda, que humaniza, que hace seres humanos nuevos, renovados. Son redondos los rostros que miran o contemplan, redondos los brazos que acurrucan, redondas las manos que agarran o acarician, redondos los pechos que nutren y sacian, redonda la generosidad que se alarga y que aparenta no querer tener un final...

La naturaleza, las flores multicolores que simbolizan con su belleza la obra del Creador y la hacen más expresamente visible, brota y brota en la paleta de Pilar de la Fuente. Queda sólo la impresión producida por el color y la luz. Aquí puede haber toques impresionistas. ¡A ver quién define lo indefinible! ¡O a ver quién define lo evidente! Una pintura llena de valentía, con un dinamis-

mo colorista, devuelve al hombre al gozo que le proporciona vivir en un mundo creado por la Belleza. Se ha escrito que hasta Dios se hace color en la pintura de Pilar de la Fuente. La alegría que siente la pintora al saberse inmersa en la creación le permite ir modulando en un lienzo, en otro lienzo, en otro lienzo más, las diversas notas de una sinfonía que va escribién-

*donde se sitúa con mayor
acierto es dentro de las
corrientes de vanguardia del
expresionismo moderno*

dose poco a poco y debe permanecer siempre inacabada... El escritor Émile Zola decía que hay que captar la naturaleza en la impresión de un minuto, pero es necesario fijar para siempre ese minuto en el lienzo, con una elaboración muy estudiada. La armonía de los cuadros de Pilar de la Fuente sobre temas de naturaleza están en esa línea.

Un volcán de creatividad

A una artista, que vive en trance creador, no le resultará difícil balancearse de un extremo a otro, ir del expresionismo al impresionismo, porque al fin y al cabo se

trata de un camino de ida y vuelta. Unas veces sentirá la necesidad de plasmar y objetivar su mundo interior (expresionismo) y otras de decir cuál es el reflejo subjetivo que le han producido los objetos exteriores (impresionismo). Para exponerlo más clara y sintéticamente, citaremos la frase de un destacado promotor del expresionismo y fundador de la revista «Der Sturm» en 1910, el alemán Herwarth Walden, quien

*la pintora ha recapitulado en
estos y en tantos otros*

*Cristos los rostros de todos
los cansados y agobiados y
malheridos en los afanes de
cada día*

define así el proceso creativo de este estilo: «El artista no crea la impresión a partir de lo exterior, sino que crea la expresión a partir de lo interior».

Hay en Pilar de la Fuente un volcán de creatividad que contrasta con el timbre y tono de su voz. En el fondo –y en la forma– estamos ante un espíritu de gran sensibilidad.

El vitalismo creador mantiene en éxtasis al artista. Y cuando Pilar de la Fuente rompe en aguas crea-

doras se produce un caudal abundoso y fecundo que necesita ser compartido. Es el talante de mujer, de fecundidad entregada, de renuncia generosa, aunque a veces suenen los golpes alrededor y nazca el conflicto y se produzcan desgarros. Pocas veces nació el arte en llanuras de mansa felicidad; casi siempre lo hizo como una erupción volcánica desasosegada. Quien contempla la obra artística no sabe de sus orígenes. Sólo sabe que, sin saber cómo, se encuentra ante un hallazgo sorprendente y fortuito.

Arte abstracto y provocación

Pocos pintores, y menos uno que pertenezca a una congregación o instituto religioso, suelen atreverse con el informalismo que supone el arte abstracto. A este estilo no se llega sin haber pasado por varias fases de alambicamiento, de purificación estilística, de alimentación en los manantiales del arte clásico, de introspección profunda en los motivos de la inspiración.

Abstractos o gritos de idealismo ahogados. Abstractos o símbolos de denuncia que quedan interpe-
lando en las retinas de quien los contempla. Abstractos o tesis de

difficil metafísica para los no iniciados. En todo caso, para quienes permanecen apegados a la realidad más tangible o temen salir de sus seguridades cotidianas quizá sólo sean provocación inconsciente de sus pesadillas nocturnas...

Cuando se adentra por los cauces expresivos de la abstracción, Pilar de la Fuente prescinde de las imágenes visuales; éstas, por tanto, no son punto de partida ni meta de llegada.

Entre la abstracción y el simbolismo pueden situarse sus esculturas, sean en barro, bronce o escaiola. Éstas son fruto de la caricia creadora de Pilar de la Fuente. Van de lo frágil a lo permanente, de los valores cotidianos a cuanto debe perdurar más allá de las costumbres o de las modas pasajeras. El tratamiento aparentemente simplista de los volúmenes encierra, no obstante, un dinamismo envolvente que deja abiertas muchas posibles interpretaciones.

Una especie de surrealismo «académico»

Si hablamos del mundo onírico o de una superposición de planos fuera de la lógica convencional, estamos hablando ya de surrea-

lismo. Sin embargo, no podemos decir que sea un surrealismo puro, basado en el automatismo psíquico sin control racional.

Ciertamente los dibujos de Pilar de la Fuente suelen rendir homenaje a este estilo artístico. No hay en ellos estridencias fuertes, ya que siempre aflora la ternura en sus líneas: las formas redondas o los pliegues vienen a ser como el desarrollo musical de una antífona gregoriana. Las maternidades se alargan en un rostro hermoso por su largueza y generosidad sin límites. Las anunciaciones se recogen devotamente en la aceptación humilde de una doncella que acepta recibir en su seno la plenitud ingrátida del cielo. La sagrada familia se mira en el silencio extasiada y se muestra ante la mirada de los hombres como ejemplo de vida interior y escenario propicio para la madurez humana y social...

Podría verse una especie de surrealismo académico, algo así como aquella preocupación por los espacios tridimensionales a los que tan devotos eran René Magritte, Leonor Fini y P. Roy, por citar a algunos significativos representantes de este estilo. Diríase que se hace verdad lo escrito por tres ilustres seguidores de André Breton —Paul Éluard, Roger Vitrac y J.

A. Boiffard— cuando afirmaban en la revista «*La Révolution Surréaliste*» que «el surrealismo abre las puertas del sueño a todos aquellos para quienes la noche es avara».

El artista revela el misterio

El arte de Pilar de la Fuente no ha surgido en su alma para impresionar a los ojos del cuerpo sino a los del espíritu de quien lo contem-

*el artista de temas
trascendentes sabe encontrar
el secreto del mundo en el
corazón de las cosas, en una
inmanencia que revela
trascendencia*

ple. Nació como una llama y explotó como el cráter de un volcán y, si bien en un primer momento conmovió con sus líneas o sobrecogió con sus colores, enseguida dejó de iluminar y empezó a abrasar como lava ardiente en el centro del alma.

La obra expresionista —como ocurre en *El grito* del noruego Edvard Munch, cuadro de 1893 que inicia el mencionado movimiento estético— viene desde su origen cargada de voces interiores, con

elementos de angustia o de protesta o de rebelión interior o de esperanzas utópicas. Por eso es capaz de convocar a los iluminados y clarividentes y hacerlos partícipes de la misma música coral.

El arte, si es auténtico, alumbró la vida de los hombres, los ilumina, los abrasa. He ahí su misterio, su mística. He ahí su capacidad de fascinación, sobre todo para quienes se mueven en pentagramas signados por la misma clave. Los artistas, como los místicos, asumen el reto de la búsqueda, llegan al encuentro y terminan poseyendo; son como los poseedores poseídos, los que han llegado, pero tienen zonas de oscuridad aunque hayan visto el resplandor de la divinidad. Sólo unos pocos elegidos pueden vislumbrar el Infinito desde las rendijas de la finitud. El artista de temas trascendentes sabe encontrar el secreto del mundo en el corazón de las cosas, en una inmanencia que revela trascendencia.

El arte, todas y cada una de las artes, son un medio de comunicación para revelar el misterio de la existencia y de las cosas que la rodean. ¿No se ve el reverbero de Dios, su gloria y su belleza, en las manifestaciones estéticas? ¿No vierte Dios su luz como gracia constante en el artista? ¿No se di-

rige, consciente o inconscientemente, el artista al Creador como referencia de sus minúsculas creaciones?

El artista verdadero expresa el sentimiento de la humanidad pasándolo por su propio tamiz expresivo y estético. Es el pararrayos donde confluyen diversas corrientes dispersas, no sistematizadas, como consecuencia de una fuerza especial de atracción. En ese sentido es cierto que presta su voz a la humanidad y actúa de intermediario entre Dios y los hombres. Es un profeta que escucha la voz de Dios en un indefinible momento de inspiración, la hace suya y la transmite a cuantos quieran sintonizar o conectar en esa corriente. Profeta es aquel que habla en lugar, en nombre de la divinidad, que conoce y revela cosas oscuras. La inspiración del artista tiene un cierto paralelismo con la exaltación del profeta; ambos se hallan también en contacto con el mundo que les rodea y nada les resulta indiferente, se han sentido llamados a ser portadores de la palabra, pero han tenido que superar un sinnúmero de obstáculos para poder servir a quien los enviaba y a quienes eran destinados. Arte y profecía son un carisma que supera barreras y obstáculos de edad, sexo, casta o pertenencia religiosa, clase social o nivel cul-

tural; pero ello no obsta para que se sientan amenazados e incomprendidos.

A lo largo de la historia ha habido gentes que han abierto brecha, han rayado estrías en los fustes viejos de columnas olvidadas, han removido aguas tranquilas de claustros o seminarios. Fueron tenidos por soñadores, pero decidieron abrir cauces y senderos no transitados hasta entonces. Experimentaron fórmulas de uso común en los ámbitos artísticos y culturales del momento. Incluyeron temas que bajaban a los niveles más humanos y tocaban las inquietudes cotidianas. La audacia expresiva –más que los tópicos anclados en lo tradicional, entendido en el peor sentido del término– pone las bases para los cambios de una mentalidad todavía no abierta al diálogo entre la fe y la cultura moderna.

Los temas y los cauces estéticos de Pilar de la Fuente suponen una oxigenación en el orden mental y en el de la sensibilidad artística.

Coda necesaria para jerarquías eclesiásticas

La variedad temática, el rico cromatismo y las diferentes técnicas utilizadas en una producción artística tan extensa y, al mismo

tiempo, de tanta calidad hacen de Pilar de la Fuente una de las más dignas cultivadoras de las artes plásticas dentro del grupo de los eclesiásticos. Sin embargo, muchas veces los artistas han de superar las trabas de la incompreensión y entonces se crecen y hacen obras de calidad. Pero en este camino pueden sentir el cansancio y

el peso de las cadenas y quedar paralizados. Esto, que vale para cualquier artista, se puede decir con mayor razón del artista que se encuentra bajo disciplina eclesiástica. Un clima asfixiante puede hacer peligrar los ánimos del creador, sea pintor o escultor o músico o escritor. ■